

Costosa mala nota

La rebaja de la calificación de la deuda externa es un serio campanazo de alerta que debería llevar a una corrección en el rumbo de la política económica.

Así como en la educación de antaño los alumnos recibían notas por su conducta, los países también son evaluados por el comportamiento que muestran algunas variables financieras claves. Esa labor la realizan las firmas calificadoras de riesgo que periódicamente asignan grados que van desde triple A hacia abajo, los cuales tienen que ver con la solidez de un deudor para poder cumplir con sus obligaciones.

En tal sentido, no hay que pasar por alto el campanazo de alerta que hizo sonar la compañía S&P Global Ratings la semana pasada, al rebajar la calificación de los títulos de largo plazo emitidos en moneda extranjera por la República de Colombia desde BB a BB-. Por efecto de la degradación, también se vieron afectadas varias compañías, desde Ecopetrol hasta empresas financieras o de infraestructura.

Si bien las letras asignadas pueden resultar confusas para quien no es especialista en estos asuntos, la justificación de lo ocurrido es clara. De acuerdo con el comunicado de prensa, el motivo de la determinación es el deterioro de la situación fiscal, que se expresa en un abultado saldo en rojo de las cuentas públicas y en un peso creciente de la deuda del Gobierno central como proporción del tamaño de la economía.

Una nota más mala trae implicaciones indeseables. La más sensible es que el costo de contraer nuevas acreencias ya sea en moneda local o en divisas tiende a ser mayor, lo cual quiere decir que el fisco deberá destinar más recursos para cancelar intereses, frente a épocas anteriores. Las comparaciones pueden ser odiosas, pero es requisito hacerlas. Hoy por hoy,

Colombia paga casi el doble que Chile cuando sale a colocar bonos en el mercado, mientras que sus márgenes de riesgo superan de manera importante los de Perú, México o Brasil, para solo hablar de sus referentes en el vecindario.

Corregir semejante situación debería ser una prioridad de la política económica, con el fin de no entrar en una espiral incontrolable de pasivos cada vez más onerosos. Pero ello solo logrará conseguirse si el gasto público des-

bordado - que ha sido la constante en lo que va de la administración Petro- se ajusta de manera importante.

Hacer caso omiso de las advertencias sería irresponsable. El motivo es que los colombianos acabarán asumiendo la cuenta de los excesos actuales, ya sea por causa de apretones presupuestales o de búsqueda de nuevas fuentes de ingreso a través de impuestos.

América Latina abunda en ejemplos de lo que pasa cuando se ignoran los avisos de alarma. Inflaciones desbordadas, tasas de cambio en la estratosfera y desmejoras del nivel de vida de

la población han afectado a naciones de Centro y Suramérica que en su momento hicieron a un lado los principios de la buena hacienda pública.

Aunque no será fácil, todavía es factible enmendar la plana. Pero ello obliga a ignorar los cantos de sirena del populismo y cambiar de rumbo para recuperar la credibilidad perdida.

Así será probable no solo mejorar una calificación que es la peor recibida en décadas, sino ahorrarse sumas billonarias en costos financieros que podrían destinarse a otras necesidades. Pero hay que comenzar cuanto antes.



De no atender el llamado para corregir el desequilibrio fiscal, los colombianos deberán sufragar acreencias cada vez más onerosas.